


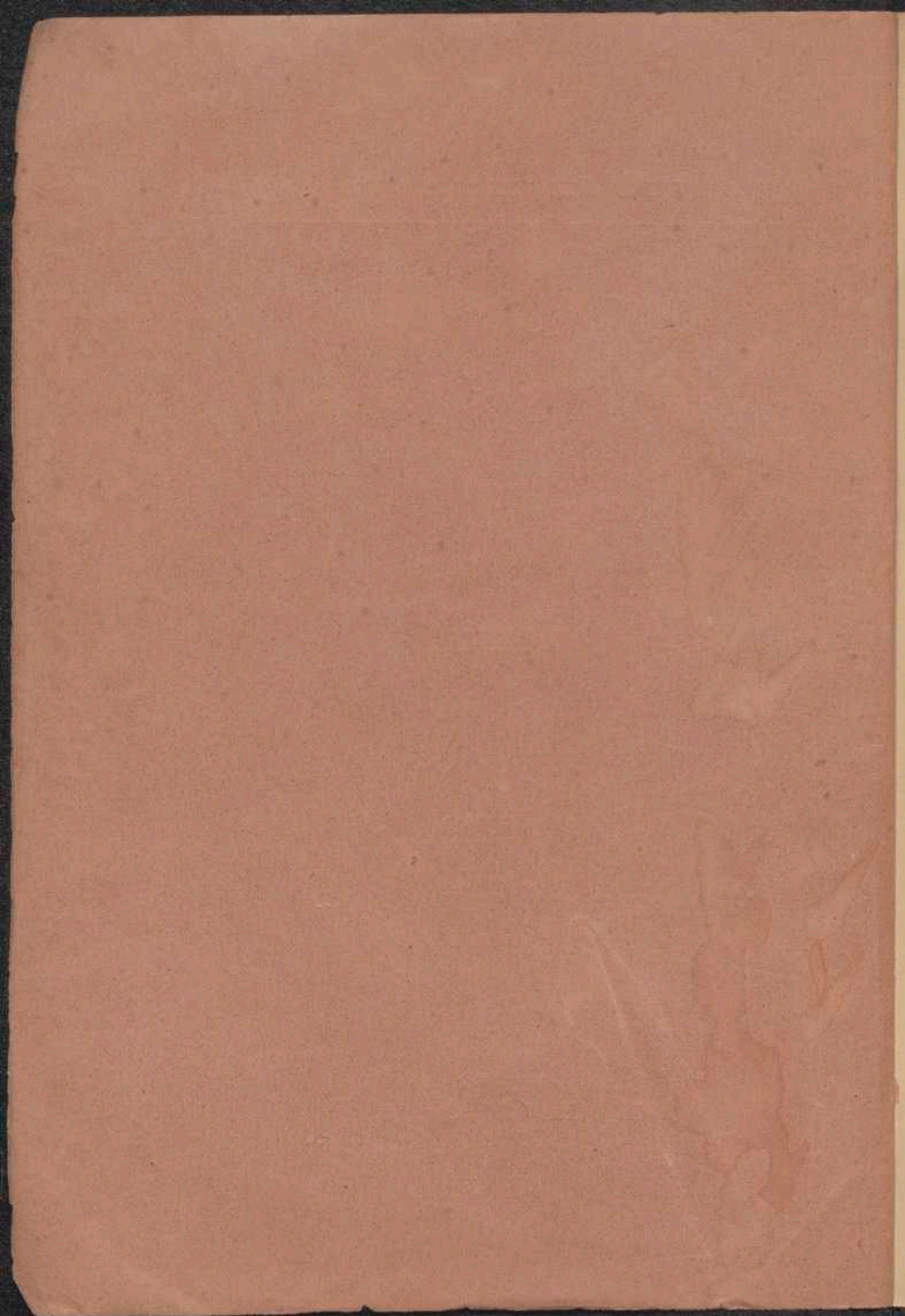
JOSÉ RAMÍREZ DE LA PISCINA.

ABEL.

POEMA.



HARO:
Imp. y Lib. de Blas Gonzalez.
1882.



T186 550



ABEL.

Al H. de Capuchos Traujo con mucha
de consideracion y asistencia.

El autor.

JOSÉ RAMIREZ DE LA PISCINA Y GIL.

ABEL.

POEMA.

~~—~~

HARO:

IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACION DE BLAS GONZALEZ.

1882.

R/8.952

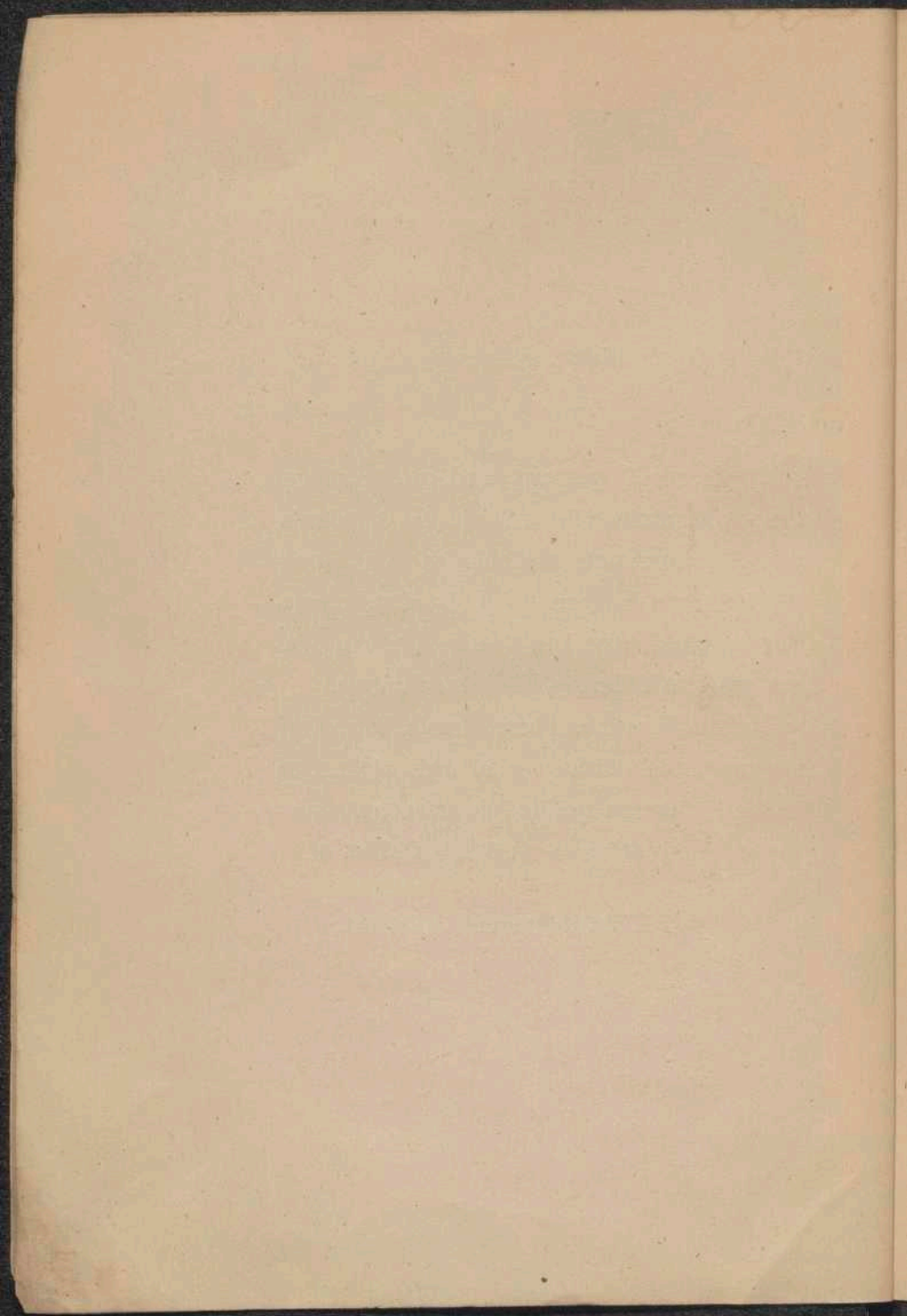
Esta obra es propiedad del autor y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.

SR. D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Muy Sr. mío: Dispénsese usted, que valiendo yo tan poco, me atreva á llegar hasta quien tanto vale; pero el ser constante admirador de sus magnificas obras, y el haberme inspirado en su inimitable poema *El Vértigo*, han sido los móviles que me han guiado á dedicarle mi modesto trabajo.

Recíbalo V., con esa benevolencia, compañera inseparable del talento, y no dude obtener en cambio la inmensa gratitud de quien con el mayor respeto se ofrece de usted S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ RAMIREZ DE LA PISCINA Y GIL.



ABEL.

I.

Sobre solitaria roca
que combate *noche y día*
con su agna la mar bravia,
y sus rugidos de loca;
un triste recuerdo evoca
gigante cruz de granito,
que al enlutado infinito
alza sus brazos, callada,
buscando alguna mirada
de su Redentor bendito.

II.

Al lado la mar rugiente,
la muda roca á su lado;
sobre ella el cielo nublado,
y colosal monte en frente.
En el oleaje hirviente,
una barca triste y sola
que el furor del viento, inmola;
y en la barca, un desgraciado,
que el destino le ha arrojado
entre el abismo y la ola.

III.

Más léjos, vega florida
mostrándonos los colores
de sus gayas, lindas flores
exuberantes de vida.
Allí la dicha querida;
acá la mísera suerte
que, ora, al náufrago le advierte
con su eterno padecer,
lo cerca que vive el sér
de los brazos de la muerte.

IV.

9

¡Negra noche! *Una de aquellas*²
noches tristes de la vida,
en que el corazon olvida
sus ilusiones mas bellas,
en que ocultas las estrellas
le niegan su luz al cielo,
y baja con rauda vuelo,
descarnada, horrible, muda,
desde lo alto, la duda,
á lo mas bajo del suelo.

V.

Dióle al náufrago, este mando.
á cambio de bien; pesares,
y rió de sus cantares
con un desprecio profundo
Arrojóle lodo inmund.
del corazon en los huecos,
y tornando áridos, secos,
los senderos de la gloria,
quiso sepultar su historia
de su cantar en los ecos.

2

VI.

Todos, loco, le llamaron.
En su realismo no vieron
que los que génios nacieron,
nunca como ellos pensaron.
Con nécia risa mataron
del poëta la ilusion,
y fueron á su cancion
arrojando en el olvido,
sin ver que el canto sentido
partía del corazon.

VII.

¡Triste Abel! Viene á la vida,
siempre la verdad amando;
suspira, que suspirando,
á veces el mal se olvida.
En su pecho nunça anida
la pobre envidia, y al fin,
abrazando á su Cain
con el cariño de hermano,
vé que aquel con torpe mano
arrójale al lodo, ruin.

VIII.

Y llora: que con su lloro
piensa al hermano librar
de la duda y del pecar,
á donde le lleva el oro;
canta: que su eco sonoro
dirige con fé al Señor;
pues sabe que el pecador,
del pecado se redime,
si la plegaria sublime
llega al trono del Criador.

IX.

Por eso, el mundo: Cain,
mata á aquel que por él reza;
por eso á reir empieza
al envidiarle, rüin;
y de uno al otro confín
su desprecio lleva airado,
gala haciendo del pecado
por el que Abel á Dios pide
que con su bondad se olvide,
ante aquella cruz, postrado.

X.

¡Pobre creyente! Hombre—niño
que no perdió la inocencia,
bardo que vé su conciencia
tan blanca como el armiño.
Su alma es ternura, cariño,
que asomada vá á sus ojos;
y en sus pueriles antojos,
por su Cain al rezar,
intenta de él apartar,
de su Señor los enojos.

XI.

¿Pero el triste? Sobre un leño,
por las olas combatido,
del corazon al latido
recuerda su primer sueño.
Quiere con su loco empeño
en aquel supremo instante
posar su pié vacilante,
de la dicha en el umbral;
mas el lecho de cristal
le grita ronco: adelante.

XII.

Un día, en el que la muerte
el pobre bardo no vía,
dichoso se sonreía
por azares de la suerte.
Mas el destino le advierte
que nació predestinado,
para en su Caín amado
fijo su mirar profundo,
buscar por el ancho mundo
el origen del pecado.

XIII.

Y de entonces, su camino
recorre con santo anhelo,
dirigiendo al alto cielo
su cantar casi divino.
En pos vá de su destino
que le lleva á investigar
el origen del pecar,
y con infantil ternura
sonriese la criatura,
el primer libro al mirar.

XIV.

Al paso de su mirada
por aquellas santas hojas
contempla huir las congojas
de su alma atribulada.
Vaga, allí, dulce, callada,
la aurora de un nuevo día
saturando de alegría
al infeliz corazón,
y brota la Créacion
en brazos de la Poesía.

XV.

¡Con qué placer vé vagar
por los extensos jardines,
dos hermosos serafines
alejados del pecar!
¡Cómo ansía respirar
aquel aire perfumado,
aquel ambiente oreado
por la gracia del Señor,
en aquel lugar de amor
en un cielo, colocado.

XVI.

Deja entre las lindas flores
el mas sutil de los vientos
sus armoniosos acentos,
que escuchan los amadores.
Arroyuelos serpeadores
salpican de plata el suelo,
y con amante desvelo
pide al hombre, la muger,
que llegue á desvanecer
de su alma el primer anhelo.

XVII.

Entonces, por intuicion,
Abel, apenado llora;
entonces, de hinojos ora
con ansia en el corazon.
Aquel libro: Crëacion,
calcina su pobre mente,
y escucha, ronca, potente,
del cielo en la inmensidad,
voz como de tempestad
que rueda hasta alguna frente.

XVIII.

¡Ay! el poeta, aterrado
vé tornarse de improviso
en averno el paraiso,
del hombre por el pecado;
y ante su Señor, postrado,
murmura santa oracion
con la fé en el corazon;
mientras su cruel destino
le grita: sigue el camino
Abel, cumple tu mision.

XIX.

Y el sencillo trovador
lee la página bendita,
hoy, con lágrimas escrita
por el pobre pecador.
Horrible, acerbo dolor
siente en su pecho estallar;
cuando con dulce cantar,
de Dios en el santo trono
se escucha: yo te perdono,
hijo mio, tu pecar.

XX.

Leda la brisa murmura:
el espacio, antes oscuro,
muestra su celaje puro
á la alegre criatura;
y vienen desde la altura
cantos de suave cadencia
que alaban la omnipotencia
de un Dios, cuyos santos labios
responden á los agravios
con la palabra, indulgencia.

XXI.

¡Bendito seas! Doliente,
al leer, el bardo exclama:
Tu eres quien al hombre ama,
y yo, Señor, quien te siente.
Ya mi corazon presiente
del mortal la buena historia,
pues siempre irá en su memoria
la imágen del Criador,
y tornará al pecador
el arcángel de tu gloria.

XXII.

Vana esperanza, perdida
en el seno de la nada,
por Abel acariciada
y pronto desvanecida.
El Omnipotente cuida
de velar por el culpado,
mas el hombre en el pasado
mira tras de su perdon,
la libertad, expiacion,
mas tarde, de su pecado.

XXIII.

¡Libre aún es! La voz del cielo
que con cariño le nombra,
su crimen convierte en sombra
y calma su desconsuelo.
Pero en el extenso suelo
no vé la felicidad,
que existe la eternidad
para el mal y para el bien,
y hay averno si hay eden,
que escoge en su libertad.

XXIV.

Despues, aquellos dos seres
que en los extensos jardines
eran, ayer, serafines,
comparten pena y placeres.
De familia á los deberes
á nuevos hombres dán vida
viendo en la frente querida
de los hijos de su amor,
la sombra del pecador,
por su crimen, abatida.

XXV.

Dos mortales, hoy, nacidos
á aquesta pobre existencia,
sin saber de su conciencia
en el mundo están perdidos.
Sus pensamientos dormidos
no ván de idéal en pos;
mas no sé que hay en los dos
hermanos, que al alma apena:
parecen en la serena
noche, Lucifér y Dios.

XXVI.

Ambos, cuando la existencia
anima sus corazones
divisan dos creaciones
diferentes en su esencia.
La Divina Providencia
con amoroso desvelo
convierte la una en cielo,
mientras la otra ha convertido
Luzbél, un ángel caído,
en mansión de desconsuelo.

XXVII.

Cain, uno de los dos
seres, desata los lazos
que forman los tiernos brazos
de Abel: la sombra de Dios.
De la envidia corre en pos,
tal vez por su negra palma,
y llega con fria calma
al crimen de fraticida,
arrancándole la vida
á aquel hermano del alma.

XXVIII.

¡Nuevas penas! Otra vez
insultar al Criador,
y mirar al pecador
bajo el peso de su Juez.
Apurar aun mas la hez
que guarda el pecado inmundo,
sembrar el odio profundo
del uno al otro confin,
y hacer que sea Cain
el habitante del mundo.

XXIX.

Á una edad, otra sucede.
Tras de la virtud que canta,
el crimen que se levanta
y en arrogancia no cede.
La humanidad ya no puede
con el peso del pecado,
y aunque el mundo se ha ensanchado
ya no cabe en sus confines
la familia de Caines
que de su suelo ha brotado.

XXX.

Sombrío se muestra el cielo
sobre unas ruines ciudades;
sin duda expia maldades
que han de convertirse en duelo.
Rueda el trueno al bajo suelo,
y el relámpago, cruzando,
vá el vacío, calcinando,
mirándolas derruidas
y en cenizas convertidas,
premio á su crimen nefando.

XXXI.

La lluvia cae á torrentes;
ruge allí la tempestad,
y apaga en la inmensidad
la voz de aquellos dementes.
Se oyen luego los dolientes
ecos, del mortal caido,
que por su pena abatido
maldice su error profundo,
y ve descender al mundo
á los antros del olvido.

XXXII.

Ruina, en todas partes ruina,
hasta que el nublado cielo
rasga su cárdeno velo
y muestra la azul cortina.
Entonces en la colina
vése en un arca encerrado
al que su Dios ha mandado,
que en ella guardando un mundo
sea el criador segundo
de otra tierra sin pecado.

XXXIII.

Y va á cumplir su mision,
y el mundo vuelve á nacer
para que vuelva á créer
en su santa religion.
De la segunda mansion
surge hermosa la verdad,
pero aun late la maldad,
sin ver que si Dios olvida
en lo alto yace dormida
la terrible tempestad.

XXXIV.

En tanto que su mirada
lée la página bendita,
el buen poëta medita
en la creación amada.
Mas su alma immaculada
se conmueve de improviso
al ver aquel paraiso
de nuevo en llanto trocado,
del hombre por el pecado,
que amar á su Dios no quiso.

XXXV.

Vuelve en el cielo á tronar
la voz del Omnipotente,
y el triste mortal, presiente
que airado le va á juzgar.
Con su crimen á temblar
comienza, en aqueste suelo,
cuando de lo alto del cielo,
con inefable ternura
llega hasta la criatura,
inolvidable consuelo.

XXXVI.

Dios, porque Luzbél se asombre,
encarna en una muger,
que de entonces viene á ser
la primera por su nombre.
El Criador se hace hombre,
y esclavo á su condicion
viene á esta pobre mansion,
como todos, á llorar,
para mañana lograr
del mortal la redencion.

XXXVII.

Y su doctrina enseñando
que siguen santos varones,
se filtra en los corazones
que en pos de Él marchan cantando.
Va el hombre su bien amando,
cuando de su fé al brotar
mira en una cruz clavar
el cuerpo del Redentor,
que por el vil pecador
en ella llega á espirar.

XXXVIII.

Ay, al mirarle morir
entre asquerosos sayones
y desalmados ladrones,
por podernos redimir;
se oye en el cielo rugir
la terrible tempestad,
que desde la inmensidad,
á la tierra conmoviendo
anuncia que está muriendo
un Dios, por nuestra maldad.

XXXIX.

Cerca la luna aparece
del sol, que en sangre se baña,
y del judío la saña
al Redentor escarnece.
Al pié de la cruz parece
sombra del dolor, María,
y suspira en la agonía
el hijo de sus amores,
que entre crüeles dolores
la dice: adios, madre mía.

XL.

Despues, el crimen que asombra,
y la virtud que medita,
la conciencia que nos grita
y deícida nos nombra.
Huir en lo alto la sombra
por contraste á nuestro duelo,
é inmarcesible al cielo
remontarse el Criador
que redime al pecador,
para su eterno consuelo.

XLI.

Abel le mira ascender
con inefable cariño,
y su corazon de niño
se satura de placer.
Deja al punto de leer,
pues su mision cree cumplida,
y contempla redimida
á la pobre humanidad,
mientras en la inmensidad
flota su alma estremecida.

XLII.

De pronto, desde la altura
llega la voz del destino
que le dice: «tu camino
recorriste, criatura.
Sin dejar á tu fé pura
no solo has investigado
el origen del pecado,
sino que de ciencia en pos
sabes la historia de Dios
y la de tu hermano amado.»

XLIII.

«Ya cumpliste tu mision.
Mas si la sagrada ciencia
ilumina tu conciencia
y ensancha tu corazon;
busca á todo la razon
y no ceses de estudiar,
pues la muerte ha de llegar
y entonces has de saber
que es corta para aprender
la vida que va á acabar.»

XLIV.

Al perderse del destino
los ecos en lontananza,
Abel mira la esperanza,
de la ciencia en el camino.
Oye el lenguaje divino
que su España manda al viento,
y al resbalar de su acento
en el espacio perdido,
hay notas en el sonido
y luz en el firmamento.

XLV.

Le sabe el globo cantar
en su fronda, su arroyuelo,
su suave brisa, su cielo,
y su dilatado mar.
Con él aprende á llorar,
cuando de la ruina vieja
la fatídica corneja
por los portillos volando,
en pos de ella va dejando
del pesar la triste queja.

XLVI.

Lanza el language, atrevido
su vuelo, á la eterna gloria,
y vá escribiendo la historia
el mortal, antes, caído.
Hoy, por su Dios, redimido,
con su tranquila conciencia,
en pos de la humana ciencia
vé su esperanza infinita,
en el firmamento, escrita,
cerca de la Providencia.

XLVII.

Sobre el ancho campo gira
por el céfiro empujada,
la cárdena llamarada
que parte de enorme pira.
En sus contornos se mira
como la ambicion depura
la maldad, y parte pura
hasta la region del cielo,
ó cæe, rodando al suelo
entre su ceniza impura.

XLVIII.

Al resbalar de la ciencia
siente el bardo que el saber
brota dentro de su sér,
con su misteriosa esencia.
Al mirar la Providencia,
una historia Abel escribe
en la que el globo describe
dividido en tres porciones,
que las llama créaciones
donde el pobre mortal vive.

XLIX.

Créaciones, que al brotar
en sus fuerzas, desiguales,
luchan por sus idéales,
que no llegan á tocar.
En tan rudo peléar
amanece el nuevo día,
y de Abel la fantasía
con su génio sin segundo,
tres nombres muestra en el mundo:
Locura, razon, poesia.

L.

La primera llega á ver,
porque lo pidió á la suerte,
el vuelo de fría muerte
á las ruinas, descender.
Mas con mágico saber
la segunda al hombre encanta,
que sobre ruinas levanta
el trono de la verdad,
viendo que la humanidad,
doquiera su gloria, canta.

LI.

Y entre el terrible sayon
del mundo de la locura,
y la bella criatura
del mundo de la razon;
surge tras la inspiracion
el mundo de la poesia,
á dar con su fantasía,
diamantes al arroyuelo,
oro en átomos al cielo,
perlas á la mar bravía.

LII.

Aquí se escucha la nota
del sublime trovador,
aquí se oculta su amor
que por los misterios flota.
Allá en la region ignota
tiende sus alas nevadas,
y sus canciones preciadas
vân filtrándose en el mundo;
cuando á su génio fecundo,
matan locas carcajadas.

LIII.

Abel, al notar al fin,
como el crimen execrable
del mortal abominable,
arrójale al lodo, ruin;
se separa de Cain,
siempre la verdad, amando,
y en las olas vá buscando
á la roca solitaria,
do palpita la plegaria
al cénit su vuelo alzando.

LIV.

Cuanto deseó tener
el bardo, logró en su anhelo;
una ola, un limpio cielo,
y una cruz, á dó volver.
Sonriente vé á su ayer
á su cerebro affuir;
mas su soplo al percibir,
desde el anchuroso mar
al cielo sube á pensar,
y vá á la cruz á morir.

LV.

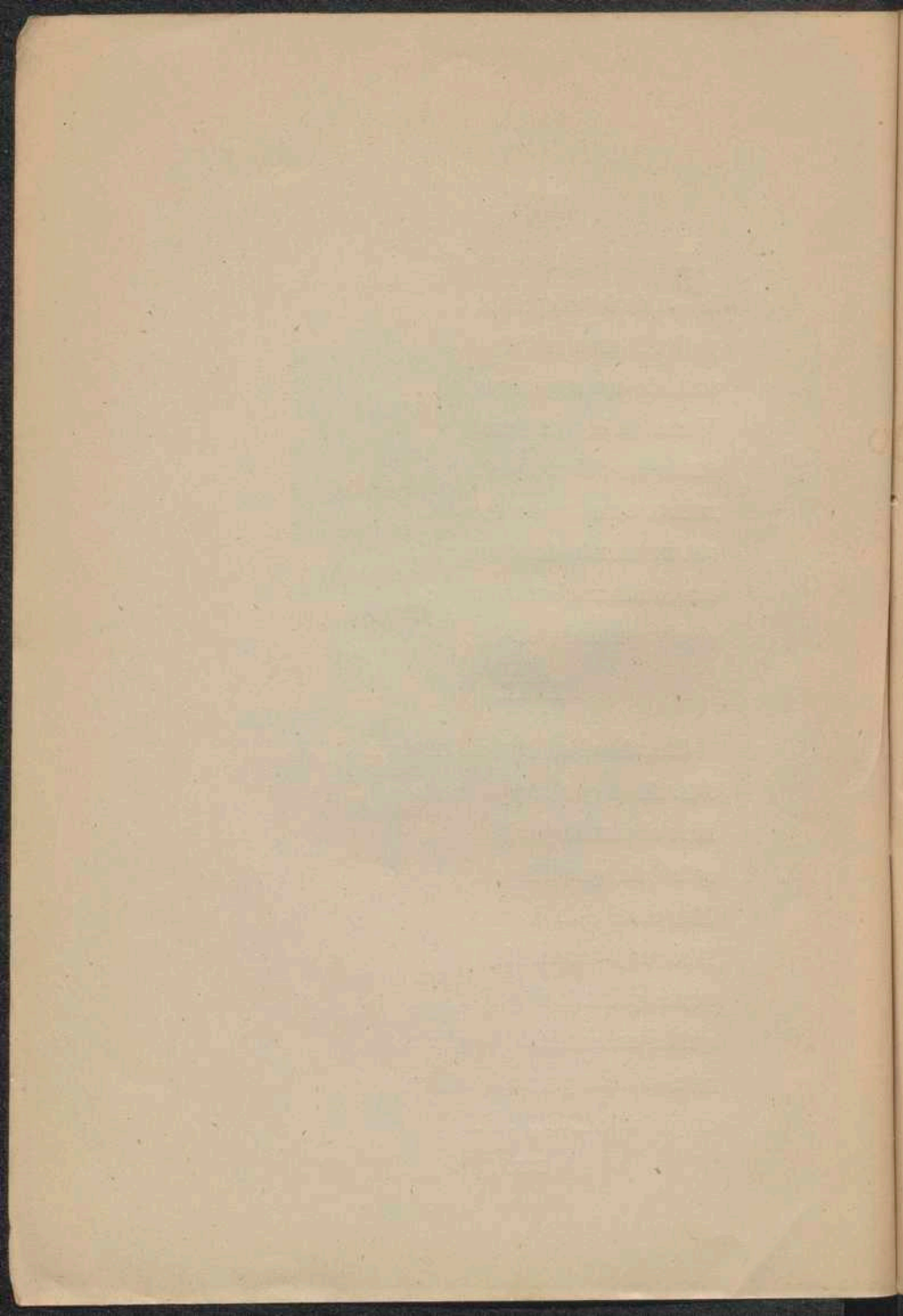
A impulsos del aquilon
las turbias olas se alzaron,
y al infeliz arrojaron
de la hermosa créacion.
En la postrera cancion,
dulce, suave, sin encono
en el alma, asciende al trono
del Señor, diciendo al fin
al recordar á Cain:
Hermano, yo te perdono.

LVI.

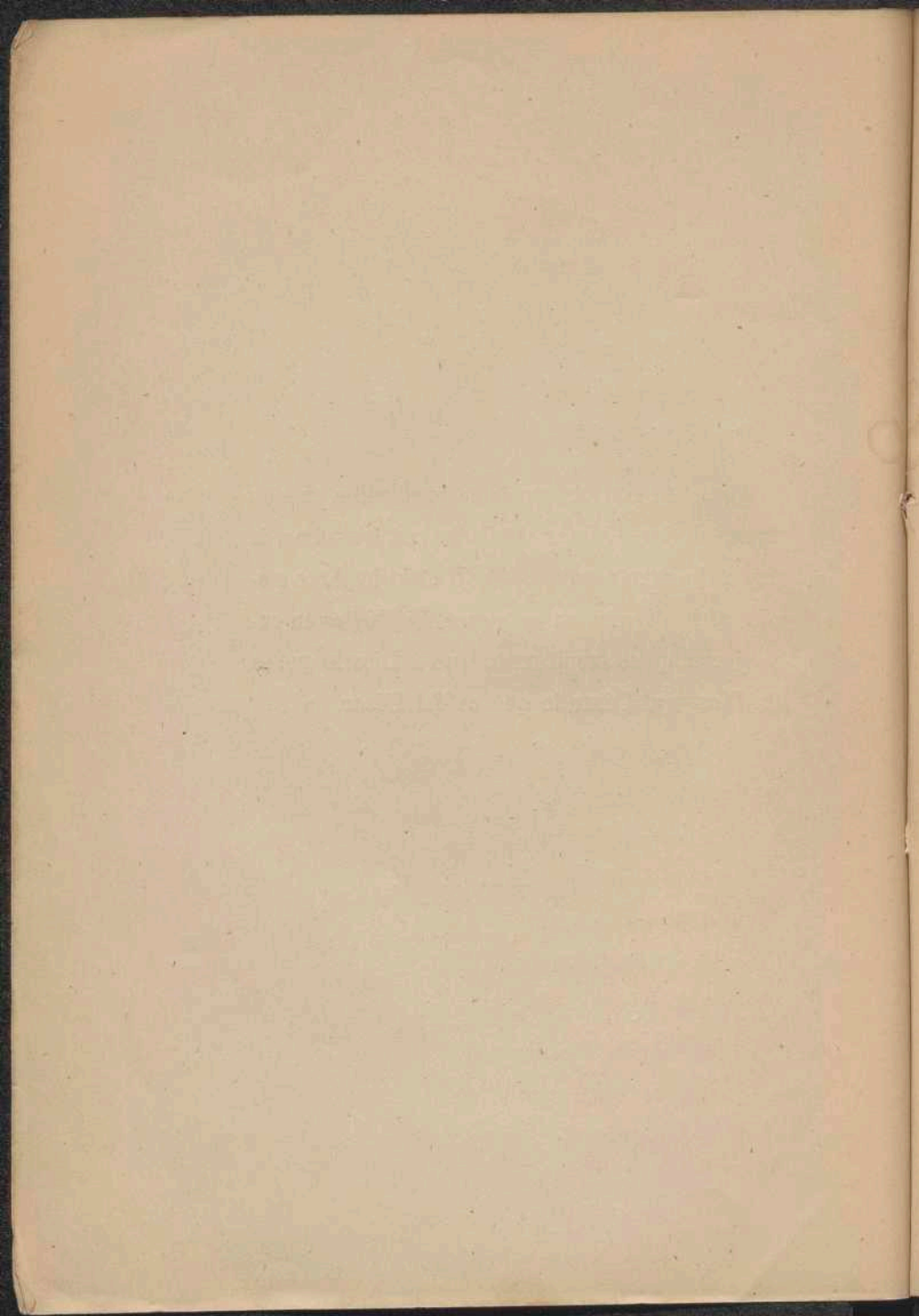
Y rueda en la negra altura
la voz de la tempestad,
y vive la humanidad
soñando con su ventura.
Yacen en la roca dura
los restos del cuerpo inerte,
mientras en lo alto se advierte
que un mundo de eterna vida
con lo inmortal nos convida,
al ofrecernos la muerte.

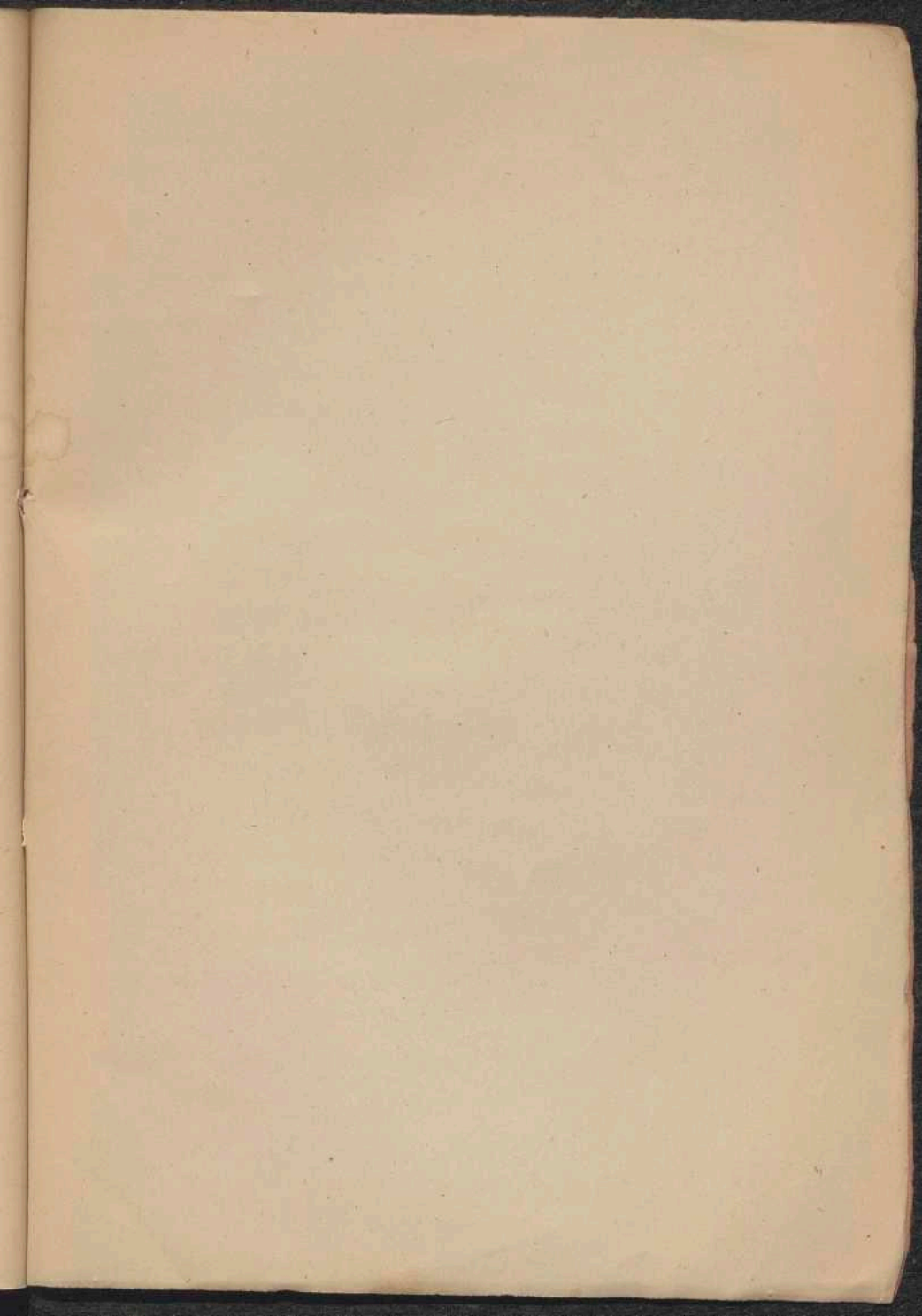
LVII.

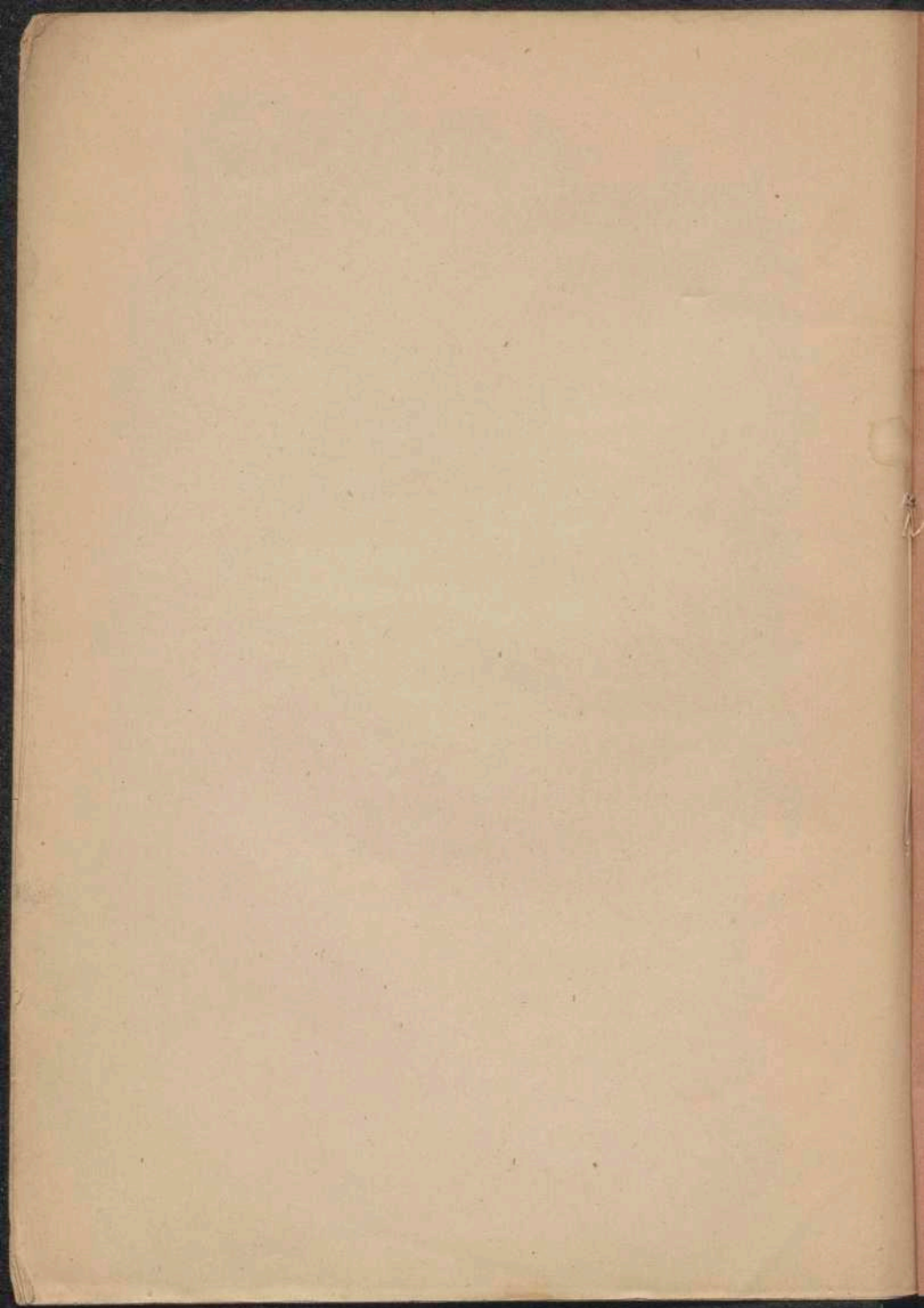
Cuando el sol con su luz dore
á la tierra, y á aquel muerto
mire el mundo ya despierto,
quizá ría, quizá llore.
Mas en el sitio dó more
Abel en la inmensidad,
nunca podrá la impiedad
quitar un nombre á la gloria,
ni una alma pura á la historia
mejor, á la Eternidad.

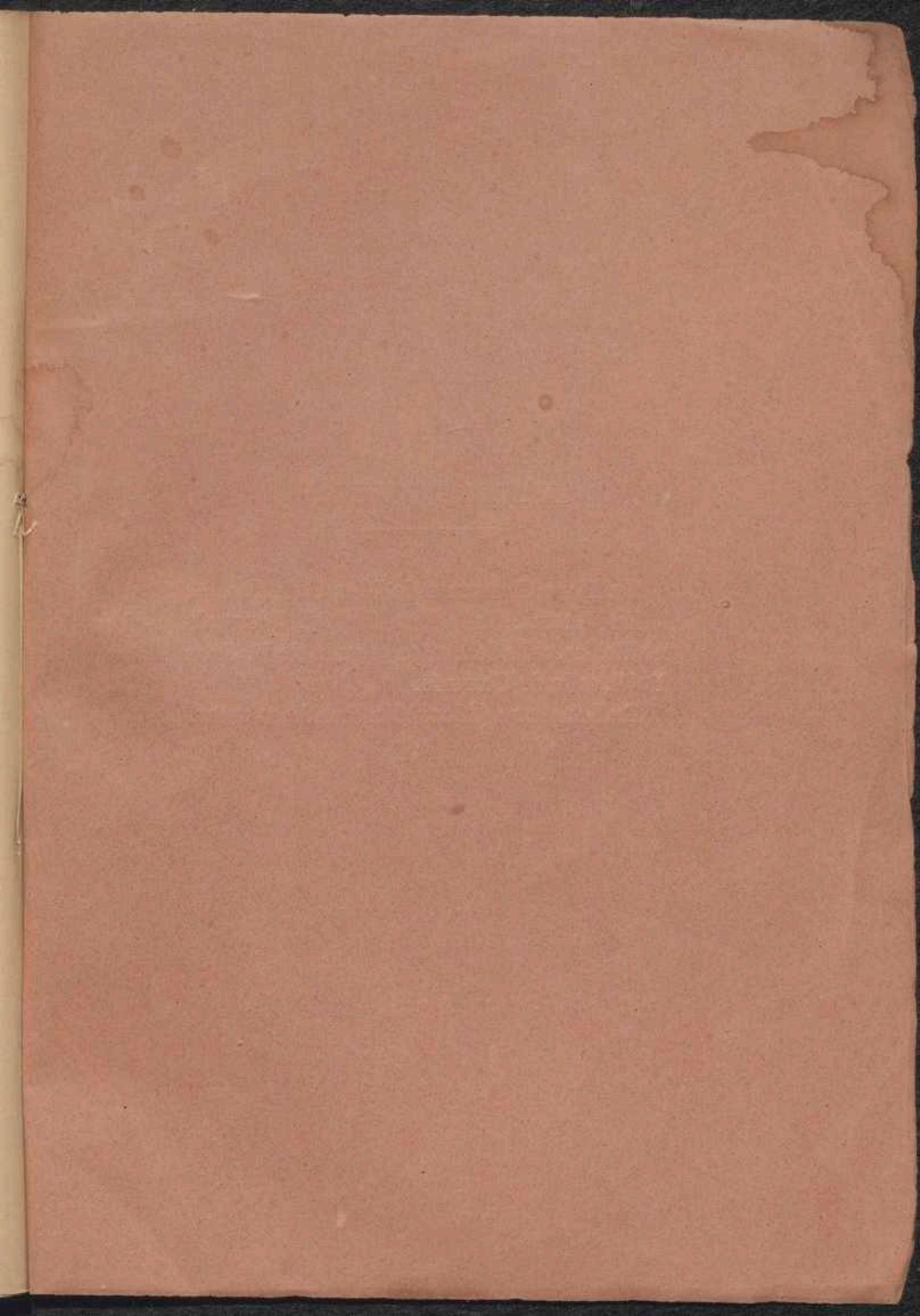


NOTA: Al escribir con letra bastardilla ciertas frases de las décimas señaladas con los números 1 y 2, lo hago porque el Sr. Nuñez de Arce emplea dichas frases en su poema *El Vértigo* en cuyo poema quise inspirarme. Que á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.









PUNTOS DE VENTA.

EX HARO: Imprenta de Blas Gonzalez.

EN VITORIA: En la librería de D. Bernardino Robles, calle de Postas, y en la de D. Juan Pujól, calle de Correría.

EN LABASTIDA (Alava) En casa de su autor.